

19007
n.º 515

DONACION
S. N. E. 4/3

UNIVERSIDAD DE CUENCA

Presencia de la Poesía Cuencana

6

Remigio Tamariz Crespo

Selección y Nota de Rigoberto Cordero y León

"ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA"



1953

W 515-Com 5 /



REMIGIO TAMARIZ CRESPO

Remigio Tamariz Crespo tenía el alma melodiosamente triste...

Al verle, así con su andar lentamente dulce, como si pretendiera enseñar ternura frente a los florecimientos de fuera, se creía íntimamente en un mimetismo de paisaje... Porque al Poeta le está dado copiar toda la belleza en sus profundidades y luego entregarla transfigurada de luz y de armonía... Este Poeta nuestro, tan nuestro por alma y querer, por sentimiento y emociones, despertaba la admirable duda: o él había copiado el paisaje total en sus pupilas, o sus ojos contagiaban el paisaje de alma... Lo que realmente ocurría era que en sus ojos se guardaba el paisaje, con todas sus delicias y sugerencias, y la generosidad sin límites del Poeta lo humedecía de lágrimas, pero luego, purificado y bello, nos lo daba en especial alegría de contemplaciones, pero mucho más palpitante de sus lágrimas, de las lloradas y de esas otras que elevó en la oración suprema del verso... En sus ojos habitaba toda la belleza circundante, de tal manera que mirarlos era conocer el alma cuencana, pero diafanizada en un cielo poético sutilmente triste...

Si he conocido al romántico puro, perfecto, diáfano, es en Remigio Tamariz Crespo... Tenía del romanticismo esencial las dos realidades inefables: el ensueño y el imposible... El ensueño como ala, el imposible como tempestad que destrozaba el ala... Soñaba porque le era necesario creer que las espinas que le herían eran rosas... Tenía toda fe en el imposible porque preciso le era retornar de sus cielos poéticos y amar las espinas que le martirizaban para siempre... Soñaba porque sentía lo divino que hay en el Poeta... Aceptaba el imposible porque sabía lo de intensamente humano que hay en el Poeta... Así, soñando y sintiendo la herida de su propio sueño, dijo unas cosas que pueden despertar igualmente el nido de gracia de una sonrisa o la amargura eximia que tiembla en una lágrima... Sonreía y parecía que lloraba... Se le inquietaban las pupilas en no sé qué lontananza inexplicable, y en los labios se le dibujaba mansamente el ave azul de la sonrisa...

Era bueno, bueno con esencial y pulcra bondad, bueno como el agua que canta y como el cielo que piensa... Con el cósmico amor poético, igual y, a veces, más alto que el de la santidad, lo comprendía todo: la flor que puede deshojarse en las manos y la estrella que puede deshojarse en el infinito; la luz que es la niñez de los ángeles y la sombra que es su vestido de duelo cuando se mueren los niños; el pobre can miserable que se viste de tinieblas para buscar las migajas que le niegan los hombres y el pajarrillo goloso que saborea la fruta madurada de sol no se sabe si a picotazos o a trinos; el ala de la nube que cobija la música de las cometas infantiles y el soplo de viento que viene desgarrándose el pecho en la enfermedad de la distancia; la vertiente que peina me-

lenas suaves de plantas sumergidas y la roca que es el sueño milenario de un gigante congelado...

Amó, sufrió, sintió... Todo amor se le hizo amargura, todo dolor se le tradujo en diario pan, todo sentir se le afinó de tal manera que en él ejecutaba el mundo la música triste de todo lo triste...

Pocas páginas tuyas tienen ensueño o esperanza: las más están llenas de tristeza, porque ser triste fue para él añorar un paraíso lontano o recordar, en una época ya indefinible, que fue capitán de un barco de rosas y de estrellas...

Su verso es dolorido, hondamente punzante, sangriento con sangre de estrellas y exquisitamente triste... Cuando creaba sus poemas, en el fondo de las aguas y los bosques las diosas bellísimas lloraban de nostalgia, y en el cielo la luz crecía violetas y suspiros... Cuando escribía sus estrofas, al cielo le nacía una herida de atardecer y en el alma sensible de los violines de la brisa se ataban crespones de bruma...

Señor de la Tristeza, jamás pulsó la falsa pandeleta de la fiesta... Para él vivir era ser sufrimiento angelical y palpar ser pulso de la flor deshojada, del cielo temblante por la ráfaga de hielo, de las alas que, a pleno vuelo, sienten un inexplicable peso en pura sombra que las vuelve a tierra sin calor ni emoción de hondas distancias... Si me preguntaran qué es la nostalgia, qué la tristeza, respondería con este solo nombre: Remigio Tamariz Crespo...

Manso y triste, bueno y cordial, pasó por la vida haciendo el mejor bien que es dable hacer al Poeta:

abrir más la herida musical que el sentimiento pone en los seres de predilección... Enseñar que en una sonrisa cabe mucho, pero que más cabe en la ferviente oración pura de una lágrima...

Entró a inmortalidad con esa misma nostalgia de lo lejano e inalcanzable... Despacito se fue, tal como cuando sus pasos eran verso sobre la tierra, con pulcritud admirable se desdibujó de estos lados para ser en los del infinito...

Remigio Tamariz Crespo tenía el alma melodiosamente triste...

RIGOBERTO CORDERO Y LEON.

EL SOLITARIO

Flor alada de los tristes pajonales
donde reina la infinita soledad,
¡cual se hermana tu lamento con los gritos funerales
de las ráfagas que cruzan la desierta inmensidad!

¿Es tu canto, de la América sojuzgada, la elegía?
¡Solitario, en tus gemidos de ternura honda y humana,
que entristecen el silencio de la yerma serranía,
hay la cruel melancolía
con que llora la doliente raza indiana!

A tu acento, mi alma evoca las leyendas del pasado;
los laureles que cubrieron las andinas soledades;
de los Shiris y los Incas el reinado,
que colmara de prestigios las incógnitas edades.
Sueño ver el magno Imperio
florecido en gemas de oro, bajo la égida del Sol,
cuya fúlgida realeza sepultóse en el misterio,
en la noche de la Historia,
cuando en la india ribera flotó el lábaro español,
y, en audaces carabelas, llegó el rayo
de la tierra de Pelayo,
de la tierra que es palenque del honor y de la gloria.

Sueño ver en las arenas a los Hércules desnudos,
cual bronceos paladines,
combatiendo a la falange castellana,
con los pechos por escudos,
con la flecha y la macana,
entre el coro de los bélicos clarines,
al tronido de arcabuces y cañones,
mientras pasan, como trombas, los bridones,
sacudiendo las revueltas, negras crines,
por sabanas y peñascos
que retumban y chispean bajo el hierro de los cascos...

Ave heráldica del indio, ¿simbolizas la tristeza
de la Raza que en la tumba se ocultó con su tesoro,
y que hoy vierte amargo lloro
sobre el yugo de los siervos, de sus glorias en la huesa?...

Cuando el alba prende velos de oro pálido en las cumbres
y aljofáranse las flores
con el llanto de los últimos luceros;
cuando el Véspero derrama, cual caléndulas, sus lumbres,
y se escuchan en la sierra melancólicos rumores,
¡Solitario, siempre triste, siempre a solas,
en las piedras de la pampa y en la paz de los oteros,
das al viento del eriazo tus gemidos,
único himno que se eleva de las huacas y las tolas
donde duermen los esclavos, los vencidos!...

En los blancos, silenciosos peñascales
en que brotan pasionarias y arirumbas;
de las miserables aldeas en el viejo campanario;
en las tapias derruidas, en los nichos sepulcrales
tu funéreo nido labras, Solitario,
con el liquem de las rocas, con el limo de las tumbas
y las briznas de las chozas olvidadas.

¡Así el paria de los Andes, por quien lloras:
en las cimas desoladas,
en las quiebras y declives de la adusta cordillera,

do son lúgubres las tardes y sombrías las auroras,
con la greda del baldío que fecunda su trabajo,
de las cumbres con la undosa, cenicienta cabellera
forma y cubre su cabaña, que "es un nido vuelto abajo"!

Mientras flotan, cual sudarios de la sierra, las neblinas,
y opacada y fría luce la sidérea claridad,
y las ráfagas andinas
van gimiendo por la gris inmensidad,
repercuten en cañadas y vertientes,
de los mudos pajonales en las rutas blanquecinas,
el sollozo de las quiebras, el clamor de las bocinas,
y las notas, como lágrimas, del azuayo rondador;
¡y en la música del indio, mi alma encuentra las dolientes
armonías de tu queja, Solitario,
y comprende que el desierto tienen ambos por Calvario,
que ambos tienen por verdugos el olvido y el dolor!

Fior alada de las ruinas, treno vivo de la sierra,
¡soy tu hermano!
¡En mis versos gime el alma dolorida de mi tierra;
y en tus himnos, las nostalgias del desierto americano!

Peregrino por un yermo de brumosas lejanías,
donde el sol es frío y pálido; donde hay flores olvidadas;
donde surgen, en las noches, misteriosas elegías,
y no cesa el alarido de las ráfagas heladas.

Sin oasis, con medrosos espinares, cruel desierto,
do las sombras del pasado van en muda procesión,
y do el bronce del olvido toca a muerto
por las dichas de que es tumba palpitante el corazón...

¡Solitario, nuestra cruz es el recuerdo!... Mis querellas
son ignotas resonancias de tus cantos de orfandad!
¡Solitario, nuestras cuitas dejan lágrimas por huellas
en el reino melancólico de la eterna soledad!...

Ya, muy pronto, veré lejos los zarzales que me hieren,

y el fulgor amarillento de mi tarde postrimera
copiará de mis pupilas apagadas en el llanto
los celajes y esplendores de la mágica ribera
"donde viven los que mueren";
y, en angosto y frío lecho, dormiré en el camposanto
que la niebla de los Andes arrebuja en su capuz,
y tú, entonces, del crepúsculo a la luz,
desde el risco que endoselan las orquídeas del barranco,
dando al viento tu plumaje gris y blanco,
como lirio de ceniza, bajarás hasta mi cruz;
¡y allí, tu himno será, en alas de los cierzos gemidores,
postrer eco de mi adiós
a la tierra donde en cardos florecieron mis dolores,
y la nieve del olvido
cubrió el nido
de los dos...!

YARAVI METRICO

¡Campanero,
nunca al bronce plañidero
de San Juan
le arrancaste los clamores
con que ahora
gime y llora
por la flor de los alcores:
la Arirumba de Sabián!

Con la luz del nuevo día
el gentil

Abril
venía,
y la cándida doncella
como estrella

se apagó:
¡cuando todo florecía,
Rosalia
se murió!...

¡Fue tan buena,
tan hermosa,
que la alegre gente moza
de San Juan
como a flor de hierbabuena

la buscaba,
y en sus trovas la llamaba:
la Arirumba de Sabián!

¡Clamorea,
bronce santo
de la aldea,
y tu canto
grave y lento
sea queja y oración
que se hermane con el llanto
y el lamento
del agrario corazón!

Doloridos los zagales
y llorosas
las zagalas
lucen galas
cuán luctuosas,
y se van por los breñales
y los ásperos margales
al Velorio, en la cabaña
que un crespón tiene en la puerta
en que está la seductora
flor de amor de la montaña;
¡en que está pálida y yerta
la Arirumba de Sabián!

¡Si hasta el duro bronce llora
su partida,
cómo, oh! Dios, la llorarán
la infeliz que le dió vida
y el gañán
del que fue Ella prometida
y a quien él amó ferviente...
y al que no le enterrarán!

Flota en torno de la casa
no sé qué hálito doliente;

en el huerto,
gime el viento cuando pasa
y el concierto
de querellas de la fuente
que se pierde en la maleza,
presta voz a la tristeza
del ambiente...

Del rebaño prisionero
que pastó Ella en el otero
y en los llanos florecidos
que bordean el sendero,
se alza un coro lastimero
de gemidos...

—¿Por qué ya, con tu ágil mano
del redil no lo libertas?

¿Por qué en vano
tiembla y bala
del redil junto a las puertas?
¡No le escuchas, cruel zagala,
ni despiertas!...

La vacada
con mirada
recelosa
ve la choza
fijamente
y, agitada,
muge lenta y tristemente.

En la senda del bohío,
solitario el rapazuelo
que Ella amó con tanto anhelo,
llora acaso de hambre y frío...
Cerca de él, mirando al cielo,
el Guardián
que fué de Ella aliado y guía,
rompe en lúgubres aullidos
que en las ráfagas se van

y se pierden, repetidos
por la adusta crestería
de Sabián...

¡Y en los árboles hay nidos,
y aún florecen los pensiles,
y hay idilios pastoriles
de la sierra en las gargantas!
¡Cielo Santo! ¿por qué hay tantas
cosas crueles?...
¡Dora el sol valles y lomas;
canta el agua en el repecho;
no se han muerto los claveles
y las pomas
que le han puesto sobre el pecho,
ni se mueren las palomas
que se besan en el techo!...

¡Y su campo en luz se baña
y está alegre en rededor
de la Muerte, que ha trocado,
la cabaña
en un nido de dolor,
donde todo está enlutado
y en silencio aterrador
que interrumpen sólo a veces
algún grito sofocado
y el rumor
de sollozos y de preces!...

En la torre que blanquea
llora más el esquilón:
¡hoy, al bronce de la aldea
Dios le ha dado corazón!

Suena el eco
de un pausado golpe seco,
al compás de un alarido:
¡ya han clavado el ataúd!

¡En qué frío y duro hueco
se ha dormido
tan florida juventud!...

Ya el cortejo se encamina;
ya la llevan en la caja
por la senda blanquecina
que, serpeando, al pueblo baja.
Las cuitadas plañideras
van gimiendo en rudo canto
que entristece las praderas
y la madre, en su agonía,
¡llora tanto,
que el torrente de su llanto
bien podría
cavar la honda sepultura
que muy pronto le darán
a la flor de su ventura:
la Arirumba de Sabián!

Va adelante la Cruz Alta,
y, de negro revestido,
reza en grave voz el Cura...
—¿Y su novio?... ¡Sólo él falta,
que seguirla no ha podido
y en la choza se ha escondido
a llorar hasta morir,
sin saber
que le engaña la aflicción,
pues no mata el padecer
ni el tormento de sentir
enterrado el corazón!...

¡Y retumba el golpe duro
de las palas!
¡En qué lecho tan oscuro
a la flor de las zagalas
se la entierra!
—¡Flor del valle, flor fugaz

de ilusión y juventud,
aún tu madre echa la tierra
del olvido en tu ataúd,
murmurando: —¡Duerme en paz!
¡Duerme en paz... y ya se aleja!
¡Duerme en paz... y así te deja
en tan lúgubre orfandad!...
¡Ya eres flor del cementerio,
y te envuelve en su misterio
la infinita soledad!...
Y dan su última querella
y le dicen: —¡Alma, adiós!—
las campanas de San Juan...
¡En los cármenes de Dios,
se ha trocado en nivea estrella
la Arirumba de Sabián!

Y, ante el simbolo cristiano,
en la tierra removida
de la tumba,
siembra el Cura con su mano
—fiel emblema de esa vida—
una rama florecida
de arirumba.

Y otra vez reina la calma
y está alegre el caserío:
¡cuán fugaz es el vacío
que en la vida deja el alma!
¡Qué profunda la indolencia
de las cosas!
¡Cuál sacude la existencia
de la muerte las luctuosas,
yertas galas,
y sonríe, aunque a su nido
dé el olvido
letal sombra con sus alas!...

¡Y cuán presto los zarzales,

como brazos maternos,
a la Cruz estrecharán
de la fosa
en que reposa
la Arirumba de Sabián!

Y mañana, ya sólo ella
—¡triste madre!— por la ausente
dará al Cielo su querella,
y aun aquel que la amó tanto,
sin ahogar la voz en llanto,
dirá acaso, indiferente:
—¡Fué tan bella!...

Campesinas hermosuras,
nunca tienen vuestra gloria,
vuestros cándidos amores
y ternuras,
la piedad de una memoria...
Ay! venturas,
ay! dolores
sin historia!...

Yo, nostálgico trovero,
que conozco de las penas
el sendero,
y, cual propias, siento y lloro
las ajenas:
¡hoy deploro
tu destino, Rosalía,
y mi treno funerario
junta el viento a la elegía
que te canta el Solitario!

Para mi alma, sólo fuiste
flor de agraria poesía,
y hallo el campo frío y triste
desde el día
que tu adiós al campo diste.

Ah! supieras que, en mi duelo,
tu feliz quietud anhelo,
cuando lanzan su gemido
las campanas de San Juan,
y murmuro, dolorido:
—¡Por mí, nunca doblarán!...

¡Si escuchara Dios mi ruego,
compartiera mi tristeza
el olvido y el sosiego
de tu huesa!...

¡RESIGNACION!

A los que padecen persecuciones por la gloria.

Vosotros, que en la frente pensadora
lucis el lauro do su lumbre riel
la chispa creadora;
vosotros, cuya prez el dolor cela
y en las zarzas de todos los caminos
os desgarráis la planta,
mientras os befa el odio de los viles
que insultan al que asciende, triunfa o canta!
¡desdeñad el rencor de los mezquinos;
la saña perdonad de los reptiles!

No sueñan con la cumbre
los gusanos que arrástranse en la tierra,
y a la sagrada lumbre
mueve el cáрабо guerra.
Vosotros, de la idea soberanos,
sois luz y sois altura,
y os combate, tenaz, la hueste oscura
de insectos y de cárabos humanos.

Del tiempo en el erial, sino doliente
tiene cuanto es gentil, cuando destella—
—flor, diamante, laurel, genio o estrella—:
¡nada puede brillar impunemente!...

Asédianle las sierpes de la insidia
al que a la cumbre remontarse pudo,
y es augusta la gloria que en su escudo
rompe los dardos de la artera envidia.

Cumplid vuestra misión; sed como el Astro
que dora hasta la nube que lo enluta;
y, hollando abrojos, dejad siempre un rastro
de sangre y luz en la terrena ruta.

Como el sándalo sed, que, cuando herido,
todo su aroma exhala:
¡perfumad el acero enrojado
en vuestras venas!...

El dolor es ala
que en piélagos de luz el vuelo expande,
y el que os arranca el odio, acerbo llanto
revienta el germen del laurel eterno:
¡lo que odian los mezquinos, es lo grande;
lo que odian los protervos, es lo santo!

—¿Que debe ser martirio en el averno
espinas recoger, sembrando palmas?
—¿La justicia es quizá flor de las Horas,
“y el valle obscuro, centro de las almas?...”

Mártires de la gloria, el Cielo quiso
que alfombrasen espinas punzadoras
el sendero de todo paraíso.

Si queréis lo que halaga y no fatiga,
no seáis como el oro,
que cuanto más el hierro le castiga,
es émulo del Sol, y es más sonoro.

No seáis cual la piedra codiciada
que es, del olvido en el imperio, obscura,
y con su mismo polvo facetada,
como la estrella matinal fulgura.

No seáis cual el cóndor peregrino,
señor de las eternas soledades,
que azota con el ala al torbellino,
mira abajo rugir las tempestades
y en el fúlgido azul se abre camino.

No imitéis a la oruga que, afanosa,
labra su propia fosa,
para surgir un día hecha fulgores,
con alas como pétalos de rosa,
y besar y rendir todas las flores,
trocada de gusano en mariposa.

¡Sed cual la hierba que en la senda crece
sin temer nunca al rayo ni al olvido,
pero que nunca en el Abril florece,
ni aroma el viento, ni en la rama mece
—flor de ventura y armonía— el nidol

¡Sed cual todo lo inerte
y rastrero y opaco, que intimida
a lo radiante, a lo fecundo y fuerte,
y cuya vida es perdurable muerte,
porque no cambia en floración la vida!...

¡Resignación!... ¡resignación!... La gloria
es flor que siembra en el Calvario el viento;
y el himno de victoria
última resonancia del lamento...

Del vasto yermo en la abrasada arena
la airosa palma se levanta al cielo,
y cuando el huracán se desenfrena
y su mágica fronda abate al suelo,
al huracán confía
el oro fecundante de sus flores
que, bendiciendo su holocausto, envía
a las flores de incógnitas palmeras,

cual germen de futuras primaveras
y tributo de cándidos amores.

¡Vosotros, del olvido vencedores,
palmas sois del desierto de la vida:
sufrís de la Fortuna los rigores,
pero de vuestra frente dolorida,
en donde esplende el lauro de la gloria,
que es flor de excelsitud y de amargura,
vuela el polen de luz del pensamiento
y fecunda en los yermos de la Historia
las palmas de oro de la edad futura! . .

Benedicid, pensadores, el tormento
que da a la par abrojos y preseas,
y, cual la tromba perlas del oceano,
del fondo arroja del cerebro humano,
en eclosión de luz, ritmos e ideas!

Florezcan en el tiempo vuestros dones:
regad del bien las pródigas simientes;
ungid con óleos de piedad las frentes;
de dulzuras henchid los corazones.
Sed como el Grande, el Inmortal y Bueno,
Aquel, en cuyas manos enclavadas
la eternidad juntóse a lo terreno.
¡El, la gloria y la luz dejó sembradas
en los siglos, y en trágico martirio,
desgarró de su vida el blanco lirio,
trocando, para bien de los deicidas,
el cadalso en escala para el Cielo
y en rosas de clemencia sus heridas! . .

¡Siempre la cruz fué enseña victoriosa
del genio; y el martirio es la penumbra
en que el sol del espíritu destella,
como la espina es cetro de la rosa
y la noche el imperio de la estrella!

MATINAL

Bajo la comba fúlgida, la Aurora
surge embocando su clarín sonoro,
y el bosque virgen se estremece y dora
y al sol saluda en soberano coro.

Al beso de la lumbre bienhechora,
la Vida ostenta su inmortal tesoro,
y, en la embriaguez del ansia creadora,
baña su seno en un torrente de oro.

Queda la augusta selva fecundada,
y, fingiendo celeste carcajada
o loco aplauso a la victoria de Eros,

cae sobre las frondas primitivas
el enjambre de loros vocingleros,
como una lluvia de esmeraldas vivas.

POMPA FLORAL

Con sus opulentas copas los frutales
alzan sobre el Valle regios pabellones;
esmeralda y púrpura son los cafetales,
y el pomar da mieles, y el palmar, canciones.

¡Qué de árboles lucen guirnaldas nupciales;
los laureles piden bardos y campeones;
fingen lagos de oro los cañaduzales,
y el mangal, doseles de igneos corazones!

La imperial naranja, la gloria refleja
del Sol, y es más dulce, más linda y sabrosa
que la roja fruta de la tentación...

Y entre tantas flores, la más caprichosa
da el pródigo plátano, cuya flor semeja,
entre glaucas vendas, livido muñón.

EN LA CUMBRE

Albor tenue, opalescente, desde gris lejanía,
va aclarando las brumas del confin oriental,
y, confusa, destácase la eminencia sombría
en que prende la niebla su fantástico chal.

El soplo intermitente de la ráfaga fría,
como un mar ceniciento, sacude el pajonal,
y finge los gañidos de invisible jauría
en las profundas quiebras que cubre el matorral.

El solar abanico despliega el varillaje
desde un disco de fuego, que decora el paisaje
con las mágicas tintas del primer arbol.

Y en la cúspide asoma —rey del páramo— el toro,
que se ostenta nimbado de relámpagos de oro,
cual si en la frente alzara, desde el abismo, el sol.

EL RIO

Ya entre densos follajes se recata
o espejea, tremando, en la llanura,
y su radiante majestad dilata
hasta el límite azul de la espesura.

Trenza cristales de oro y escarlata
con floridos festones de verdura,
y en paralelos ángulos de plata
se riza ante la prora que fulgura.

En linfas como espejos encendidos
ondula el firmamento idealizado
y tiemblan los paisajes invertidos.

El barco estrella tumbos en las rocas,
y el Sol se rompe en el cristal rasgado
y se deshace en llamaradas locas.

EL CONDOR

Tiembra y gime el becerro sobre el césped tendido
con la piel que aún la sangre maternal empurpura,
y la vaca le lame con paciente ternura
hasta dejarle de húmedo terciopelo vestido.

De pronto, se oye un lúgubre, persistente mugido,
y la madre ve al cielo con siniestra bravura,
porque el cóndor, sobre ella revolando, procura
hincar las férreas zarpas en el recién nacido.

Al fin, loca y vencida, bramando, huye al bosque,
y celebra el famélico su victoria salvaje
en las rotas entrañas de la víctima inerte.

Y —heliogábalo aéreo— vuela apenas, ahito,
y las garras sangrientas signan en el granito
el pacto del Monarca del Ande con la Muerte.

SENDA DE MANDRAGORAS

(Fragmentos)

II

Las gentes campesinas
con resepeto y temor le contemplaban
vagar por las llanuras y colinas,
y de su ruta, inquietas, se alejaban.

¿Por qué siempre tan lúgubre y huraño?
¿Qué secreto escondían
aquellos ojos de fulgor extraño,
aquellos labios que jamás reían?

Semejaba su hogar un cementerio,
y sus vetustas puertas,
celando siempre el interior misterio,
ni a la noche ni al sol viéronse abiertas.

Medrosas, atisbaban la guarida
del señor, cual llamábanle en la aldea,
y nadie supo escudriñar su vida,
ni saber lo que busca, ama y desea.

Y sólo eran testigos
de que, al romper el alba, se extinguía
la lumbre que filtraban los postigos
de su alcoba sombría.

¡Las noches de dolor, en que sentía
su corazón exangüe, más vacío,
y en que entregar su espíritu quería,
como Fausto, al tremendo poderío

del Mal, a trueque de una flor siquiera
del ignoto jardín de la ventura;
por un sorbo del cáliz que pudiera
endulzar de su vida la amargura!...

Una tarde, Raúl, triste y señero,
iba por la pradera silenciosa,
y, en la paz del sendero,
creyó mirar una visión radiosa...

¡Aliria, flor del valle, con sonrojos
de angelical doncella,
lo vió, al pasar, y le dejó en los ojos
un persistente resplandor de estrella!

Con ritmo acelerado
latióle el corazón; luego, impreciso
anhelar, lo mantuvo ensimismado
y acabó por fingir un paraíso

donde él, alegre, juvenil y hermoso,
sentía la embriaguez de los amores,
y Aliria, como un ángel cariñoso,
le coronaba de inmortales flores...

III

¿Venció, en Raúl, la vida
que nutre del amor la flor eterna?

Al influjo de un ansia no sentida,
¿presagia auroras su penumbra interna?

¿Los antiguos dolores,
por la alondra arrullados, se han dormido?
¿Locos afanes, crueles torcedores
en lo arcano del alma se han hundido?

¿Brotan gemas sus frondas invernales
al soplo de la ansiada primavera,
y en el repecho, al fin de los eriales,
de un astro matinal está en espera?

¿Ha retornado Fausto,
exánime y enfermo,
de su vagar infausto
por el antro interior y el glacial yermo

de la ciencia?... ¡Anheló que, en lo sombrío,
le sostuviera la ilusoria escala
del pensamiento, y recorrió el vacío
hasta romper contra el peñasco el ala!

No la gloria: el dolor siguió sus rastros,
¡y tanta inútil vanidad le humilla!
¡y en sus pupilas, codiciosas de astros,
cópianse ya las flores de la arcilla!...

Queda del fuego extinto
el rescoldo que, tímido, calienta.
Y del muerto dolor surge el instinto
que al bien y a la quietud la vida orienta.

El hombre, eterno Anteo,
vigor recobra si la tierra toca,
¿qué mucho, si ella nutre el giganteo
roble, sacude el mar y alza la roca?

De ignoto néctar las dulzuras prueba,
del que es su corazón cáliz viviente,

y en el hechizo de la vida nueva
que va a integrar su corazón presente.

¡Suya será la flor de los nativos
pensiles, flor que a su dolor gravita:
ella, la de inocentes atractivos,
le reveló la eterna Margarita!...

¡Si, para amar, tuviese su existencia
la túnica de armiño
de la muerta inocencia
y las dulzuras de su fe de niño!...

¡De su fe!... Mas la dulce golondrina
esquivó de las dudas el invierno,
y no torna la ingrata peregrina,
¡que el adiós de la fe siempre es eterno!

¿Y Aliria lo amará? Su luz temprana,
¿dará a la noche, que le aterra a él mismo?
¡Ansia el corazón, por ley arcana,
más que la luz, lo ignoto del abismo!...

¡Alma piadosa, su fulgor primero
filtra en la lobreguez de la caverna!
¡Temblando, esplende el matinal lucero
en el negro cristal de la cisterna!...

¿Y él podrá amarla siempre? La hechicera,
¿sentirá, al fin, del tedio la amargura?...
¡La última llama de la hostil hoguera
va a devorar la flor de su ventura!

¡La musa del análisis inspira
nueva inquietud a su alma sosegada:
Tolstoy, con honda compasión, lo mira,
y escucha de Balzac la carcajada!...

¡Su corazón, que odiara lo sencillo
de la vida, de nuevo, languidece

a la sombra letal del manzanillo
que en los eriales de la ciencia crece!

¡Adiós, sueños hermosos,
esperanza feliz de horas serenas!
¡Le hinca otra vez sus dardos venenosos
el iracundo enjambre de las penas!

Y medita: el amor no es la ventura;
es meteoro que un instante vaga
por la extensión obscura,
y para siempre su fulgor apaga.

A su mágico arrullo,
calor y vida y luz cobra la nada...
¡Amor, que finge el cielo ante el capullo,
llora sobre la rosa deshojada!...

El amor inmortal no tiene dueño,
el amor inmortal siempre es soñado;
para el rendido bien, ¿a qué el ensueño?
¿a qué el amor para el amor saciado?...

El beso más ardiente
deja en las almas el abismo eterno...
¡Amor, que es nido en el Abril luciente,
es búcaro de nieve en el invierno!...

¿Y él, en doliente laxitud sumido,
verá un día a la amante compañera
alejarse en las aguas del olvido,
sin que le diga su piedad: ¡espera!?

¿O ella, tal vez hastiada
del perenne licor, llevará el labio
a otra copa, por nueva, codiciada,
y él vengará, matándola, el agravio?

¿O juntos, resignados con la suerte,
verán pasar los días y las penas,

esperando que el rayo de la Muerte
los redima de inútiles cadenas?

¡Cuán tétrica visión! Su mente finge
lo porvenir, como un océano obscuro,
sobre el que se alzan la temida Esfinge
y el cruel fantasma del dolor futuro...

¿Y no podrá su vanidosa ciencia
frustrar la duda, el desamor y el tedio?
¿Su acerbo jugo, a la tenaz dolencia
del corazón, no brindará remedio?

Y dióse en meditar con loco empeño...
Sobre viejos infolios, las auroras
lo hallaron, y el afán robóle el sueño
y acibaró sus horas.

Con el tesón del alquimista insano,
buscaba el milagroso reactivo
que en oro de ilusión trueque lo vano
del sentimiento, y lo mantenga vivo.

Y creyó hallar la fórmula sagrada,
la luz que alumbre la ominosa senda:
Pensó: ¡no en el edén: en desolada
lúgubre estepa plantaré mi tienda!

Y no temeré nunca los rigores
de airados vientos ni de inviernos rudos;
¿qué hace el invierno en el jardín sin flores?
¿qué hace el viento en los árboles desnudos?

Amor que muere es el amor que ríe;
de la ventura el peso me fatiga;
el néctar de sus lágrimas deslíe
la tristeza, al amor jamás hostiga...

¡Seré, en el alma de la que amo tanto,

fúnebre sembrador!... ¡Pondré en sus ojos
velo sutil de llanto,
y no verá del tedio los abrojos!...

¡Que el dolor me defienda del olvido!
¡Tenue llama —perdure, en agonía,
mi amor, y escuche mi luctuoso nido
la Muerte: ella será mi guardavial!...

VII

En la existencia, de la Muerte esclava,
y en que es la dicha fugitivo sueño,
¿qué vive, cuando acaba
la inocente mentira del ensueño?

Si no pone en los ojos
la Reina Mab el velo del encanto,
los lauros son abrojos
y el cáliz del amor, cáliz de llanto.

De la razón la potestad mentida
no solivianta del dolor la carga;
si muere la ilusión, queda la vida
en la desnuda realidad amarga.

La esperanza, la fe, la paz del nido,
el goce puro, el bien no acibarado,
débense a lo sentido,
jamás a lo pensado.

La inocencia es divina, porque ignora
lo que ve la razón tras todo velo;
amor, cuanto más ciego, más adora;
¿qué sabe el ala que se encumbra al cielo?

El alma que, sumisa al sentimiento,
vive en el corazón, sonríe y canta,
y llora, si el altivo pensamiento
sólo le muestra abismos a su planta.

¡Que en el dolor las almas se consuman,
que impere, soberana, la tristeza,
si la cruz de la vida no perfuman
lotos de ensueño y rosas de belleza!

VIII

Cual roja mancha en el nocturno velo,
lucía apenas eclipsada Luna;
la tierra se hermanaba, en hondo duelo,
al dolor de la Pálida del cielo,
y era el cielo una lóbrega laguna
de sangrientos visajes...
El soplo de la noche, vagabundo,
sollozaba en los trémulos ramajes
de la arboleda umbria
y, de los campos en quietud, surgía
un clamor gemebundo...

De Raúl en la fúnebre alquería,
fatídico presagio confundía
la sombra aciaga y el dolor del mundo...
En la alcoba, sonaron
las doce, ¡y algo insólito y terrible
se avecinó al hogar!...

Lúgubremente

los mastines aullaron;
se oyó un rumor pausado y persistente,
cual de un alma invisible,
y hálito tenue de apagados cirios
agravó los misterios del ambiente!...

¡De un salto, Aliria se arrojó del lecho,
con las manos, crispadas, sobre el pecho,

y, cual si a extraño impulso obedeciera
o al llamamiento de una voz arcana,
en súbita carrera,
lanzóse a la ventana
y azaetó a la noche
con miradas de espanto y extravío!
¿Qué vió?... ¿Por qué su temblorosa diestra
mostró la claraboya del sombrío
muro?...

¿Fué acaso una visión siniestra
de su mente obcecada y delirante,
o de la Luna un resplandor errante
que, a intervalos, rasando el cono obscuro,
lucía y se apagaba sobre el muro?...
¡Algo llenó de lobreguez sus ojos,
y de gritos y súplicas su boca!
—¡Raúl, mirala, allí!... ¡se oculta en vano!
—clamaba como loca—

¿No me defiendes?... ¡Echa los cerrojos
a las puertas!... ¿No ves cómo su mano
esgrime la guadaña?...
¡Viene por mí!... Tú, ¡sálvate!... ¡Que fuera
una visión!... ¡No en balde se la espera!...
¡Bien me dijiste que su amor no engaña!...

¡Y blanca como un lirio,
agonizante, inerte,
la dulce flor de ensueño y de martirio
se desplomó en los brazos
del que sembró en su corazón la muerte!

Raúl vió su obra, y un dolor tardío
mordióle el corazón, y, ansioso; —¡Espera!—
imploró a la doliente compañera
que iba a lanzarse al tenebroso río...
¡No se detuvo!... El arroyuelo manso
que por tierras de fuego,
desviado, cruzó, busca el sosiego
del último remanso...

¡Cuán larga y angustiosa su agonía!
¡Para morir, debía
—a que algo de su ser persista y lllore—
dar a la vida el fruto de su seno,
a que el dolor lo nutra de veneno
y la implacable Muerte lo devore!
¡Cual la flor generosa
en que se cuaja el fruto,
extinguiose esa vida dolorosa
dando al amor el maternal tributo!

Ante el horror del enlutado nido,
al sabio, ¡que al fin sientel,
gritóle la conciencia rebelada:—
¡Por ti, cayó la rosa deshojada
en la glacial cisterna del olvido!—
¡Y ante el renuevo del rosal ausente,
halló Raúl el corazón perdido
en los desiertos que cruzó su mente!
¡"Sonrisa del dolor", aquel capullo,
triste reliquia del naufragio de ella,
le atará de la vida a la amargura;
será lo que la orquidea en la hendidura
que abre en el tronco añoso la centella!

LAS ALGAS

En el misterio del remanso crecen
cual una glauca cabellera viva
y, blandamente, sin cesar se mecen
con el temblor del agua fugitiva.

Las corolas de luz en que florecen
besan de la onda la beldad esquiva,
y, etéreas y fantásticas, parecen
flores del cielo que el raudal cautiva.

Entre el dédalo de hojas y de lamas,
serpean como flechas diamantinas
raudos peces de fúlgidas escamas.

Y el agua azul en el frondal se pierde
y se oye secretear a las Ondinas
en la quietud de la penumbra verde.

LA GARZA

Al resplandor del orto y del poniente,
cual una flor de espuma, en la ribera
mira pasar la rápida corriente
que entre algas y juncales reverbera.

Tal vez evoca en éxtasis doliente
de su bosque natal la primavera,
o está implorando misteriosamente
un bien que tarda y sin cesar espera.

Quizá le llega arcano llamamiento
en los alisios de una playa ignota
y, súbita, se eleva al firmamento.

Y cuando hiende el sideral vacío,
bien se diría que en el viento flota
el alma melancólica del río.

MALVAROSA

(Fragmentos)

CANTO PRIMERO

.....
.....

Del caserío al pie, flébil, murmulla
el Paute undoso, en perezosa huida;
¡por él, que fecundizala y arrulla,
trasunto del edén es La Florida!

¡Raudal, bajo los sauces, adormido,
diáfano, azul, que plañe ignoto duelo,
cual si un jirón de cielo, diluido,
gimiera siempre por tornar al cielo!

Al Este, dilatado y negro monte
el éter rasga con soberbia frente,
y corta del policromo horizonte
su hosco perfil de colosal serpiente.

Al Ocaso, colinas multiformes,
cual fantásticas tiendas de gigantes;
¡para ascender a Dios, gradas enormes,
y más azules, cuanto más distantes!

Alzase, al Norte, un murallón de rocas,
por cuyo enhiesto y escabroso flanco,
cual sierpe gigantesca, en iras locas,
salta un torrente mugidor y blanco,

que, al pie, batiendo la revuelta arcilla,
rompe en los cantos su ímpetu sonoro,
y forma nubes, donde el iris brilla
como una inmensa mariposa de oro.

Al Sur, se extiende la feraz planicie
de chozas y alquerías salpicada,
y sobre cuya verde superficie
forma palios floridos la arbolada.

¡Risueñas alquerías donde el alma
se inunda en luz y ritmos de alegría,
y halla el amor su plenitud y calma,
y en toda virgen, la ideal María.

Allí, sus plumas el maizal altivo,
cual bélicos penachos, gallardea,
y el trigal, como lago de oro vivo,
con metálico són, al viento ondea.

El húmedo alverjal, glauco y dorado,
luce blancas y lívidas corolas,
y el alfalfar con su cendal morado
mueven las auras en cambiantes olas.

Alza el cañaveral palmas enhiestas,
de sol manchando la campiña verde;
la dehesa se extiende por las cuestas
y en el adusto pajonal se pierde...

Pacen allí, nutriéndose de flores,
innúmeros rebaños y vacadas;
y lloran los indios rondadores
en la paz de las cumbres desoladas...

Es huerto sin confines La Florida,—
mansión feliz de Ceres y de Flora
—do, en cálices y frutos, su encendida
sangre derrama la opulenta Aurora.

El capuli —tesoro campesino—
brinda sombra y sustento a los aldeanos
y ostenta en el follaje esmeraldino
cándidas flores o purpúreos granos.

Dominando las tapias solitarias—
del umbrio vergel gala y decoro
—contrastan con las rojas pasionarias
del frenso altivo los penachos de oro.

Duraznos y manzanas colorean
cual pudibundos rostros virginales,
y, entre lujosas ramas, balancean
sus campanillas de oro los perales.

Naranjos y limeros, en preciado
grupo, decoran todos los vergeles,
dando a la sed del labrador cansado,
en áureos pomos, perfumadas mieles.

El chirimoyo, ahí, prez de la tierra,
con su verde azahar y fruto hermoso,
que —nieve blanda y aromosa— encierra
manjar que el labio apura codicioso.

Como tímida boca que sonríe,
abre el granado la carminea gema
donde Natura, en néctares deslíe
el mágico rubí de su diadema.

De sus frutos nutricios nunca avaro,
ostenta el aguacate los primores,
y su fronda triunfal yergue el cañaro,
frisol arbóreo de llameantes flores.

El pródigo maguey de hojas lucentes
cunde en alcores, bardas y ribazos,
y el gigantón, en breñas y pendientes,
levanta airoso los floridos brazos.

El moral en los setos; la retama
dorando rutas, playas y colinas;
en los baldíos la florida grama,
¡y hasta en las rocas flores purpurinas!

Que la agreste y vistosa enredadera
da caridades de iris al vallado:
¡aun al granito, brinda Primavera
de su amor el tesoro codiciado!

Y entre las flores de ese edén, anida
—alada Flora— el pueblo peregrino
de las aves, que encantan La Florida
con la celeste música del trino.

.....
.....
CANTO TERCERO
.....
.....

Juan, aquel día de placer rebosa,
porque, al amanecer, Marta le dijo:
—Estoy de minga, Juan, ven a mi choza,
y el mingado mejor serás de fijo—.

Fuése Juan a la cita muy temprano,
con fulgores de gloria en la mirada,
al hombro el poncho, y en la ruda mano
—cetro del bien y de la paz— la azada.

Marta y Griselda, ufanas lo acogieron;
la copa de la fiesta le brindaron;

de su tristeza y esquivez rieron,
y a ser galán y alegre le incitaron.

Dióse luego principio a la deshierba;
dispersóse al comienzo del sembrado
de los garridos mozos la caterva,
que presidia Juan, siempre callado.

¡Y del cortante hierro el golpe duro,
con que heria a la tierra su hijo y dueño,
vibró, cual himno, en el ambiente puro
de esa mañana azul, como un ensueño!

A las hierbas salvajes, arrancadas,
del sol el fuego bienhechor heria,
y del maíz las cañas aporcadas,
la tierra nueva con amor ceñía.

Entre la verde mies, veíanse a trechos
blancas cotonas, faldas amarillas,
membrudos brazos, jadeantes pechos
y el manchado blancor de los toquillas.

Y a cada instante, en coros argentinos,
reían las zagalas y los mozos,
como suelen reír los campesinos
aplaudiendo sus dichos salerosos.

Juan, dejó atrás a todos, y su azada
con tal vigor la tierra removía
que, según un anciano, en su parada
ninguna hierba inútil crecería.

Griselda, en tanto, sin cesar calmaba
la sed del grupo intrépido y bizarro,
dándoles —recompensa que anhelaba—
rubio licor en jicaras de barro.

Y preguntó por Juan, a quien no viera,
y dijo un mozo de mirar sombrío:

—Trabaja ese gañán como una fiera;
ya debe estar al fin del sembrado—.

Fuése en su busca, la gentil zagala
por el maizal tupido, que gemía
al paso, como si el rozar de un ala
arrancárale agreste melodía.

Hallóle a Juan, cual siempre, pensativo,
entregado al rigor de su tormento,
y, en un arranque ingenuo y compasiivo,
dijole en blando y cariñoso acento:

—Bajo este sol abrasador que enerva,
trabajas sin descanso, y ¡tan sereno!
Vas a acabar tú solo la deshierba;
Dios te lo pague, Juan: ¡eres tan bueno!—

El la miró, callado y dolorido,
como se mira siempre el bien lejano;
suspiró, a su manera, en un gemido;
hundió en la greña la convulsa mano,

y dijo: —Si es tu tierra, Malvarosa,
¡qué mucho que la rieguen mis sudores,
a que sea tu mies siempre copiosa
y tengas tantos frutos como flores!

Griselda, cuantas veces quise hablarte,
decirte que por ti sufro y deliro,
fue inútil afanar, porque, al mirarte,
se me va el corazón en un suspiro.

Tengo aquí dentro unos sentires crueles;
no sé si tú me causas gozo o pena;
en veces siento una embriaguez de mieles,
y en veces, amarguras de verbena.

Por vez primera, ha meses, te ví en misa,
y pensé, Malvarosa, aunque te admire,

que el Cura la decía muy a prisa,
a que tu pobre Juan menos te mire...

Desde entonces, te finge mi deseo
hasta en el agua que mi sed apura,
en las estrellas del azul te veo,
y en las ondas del río que murmura.

Te llevo en mí por playas y desiertos;
vas, a mi sér, como mi sombra, unida,
y tus ojos, en mi alma, siempre abiertos,
con su fuego y su luz quemán mi vida.

Por tí soy bueno, y sin cesar trabajo,
por tí, sólo por tí, tan pura y bella,
capaz me siento de arrancar de cuajo
un monte; y de los cielos, una estrella...

Si esto es querer... ¡te quiero, Malvarosa!
y ¡miseró! te ofrezco en mi tristeza:
la humilde sombra de mi pobre choza;
el pan honrado de mi humilde mesa;

¡la callada pasión que me tortura;
mi corazón que tu piedad implora,
mi corazón que sueña en tu hermosura,
y esta alma que, por tí, vive, y te llora!...

—Trémulo y sin color, el triste hablaba,
henchido su mirar de extraño fuego,
y en sus acentos, el amor, juntaba
la queja, el grito, la oración y el ruego.

Malvarosa le oyó, pálida, huraña,
como airado reproche escucha un niño,
pero su diestra, en ansiedad extraña,
torturaba el cairel de su corpiño.

Luego miróle, y en su rostro hermoso
carminea luz rieló la primavera,

y dijole en arrullo melodioso:
—Confía, Juan... Será lo que Dios quiera...

Después, vertió, sin tino, en toscó vaso
la chicha, que salud y ardor encierra,
y como a Juan también le tembló el brazo,
¡más que él, ese licor bebió la tierra!

CANTO FINAL

Tarde sombría del pluvioso Octubre;
semeja el cielo inmensurable abismo;
siniestra bruma el horizonte cubre;
medrosa paz anuncia el cataclismo.

De pronto, un trueno, con fragor que espanta,
de la sierra en las gárgolas y huecos,
retumba, y su bramido se agiganta
en sucesión interminable de ecos.

Parece que en las célicas regiones
máquina férrea y pavorosa estalla,
y que, tronando, incógnitas legiones
retan al mundo a la última batalla.

El aire tiembla; de las nubes rotas
del rayo por la espada y el estruendo,
cae la lluvia en crepitantes gotas,
y el rabioso huracán llega rugiendo.

A su paso, los árboles se inclinan
y gimen, abatiéndose vencidos,
y aun los montes parece que vacilan.
En negras cataratas convertidos,

los arroyuelos —llanto de la sierra—
saltan tonantes desde la agría loma,
cual si intentaran perforar la tierra:
¡sobre la tierra el cielo se desploma!

¡La tempestad del trópico! ¡tremenda
ira de Jehová, que a juicio llama
a la tierra que, en hórrida contienda,
vacila, cruje, se rebela y brama!...

El Paute, de torrentes procelosos
hinchido, es mar de linfas cenagosas;
fingen sus ondas monstruos fabulosos
crinados de serpientes espumosas.

¡Indómito, socava las riberas,
mina el peñasco, el dique desmorona
y empuja su corriente a las praderas,
y es su himno, el himno que la muerte entona!

.....
.....

EL CAPULI

Arbol soberano de la tierra mía,
pródiga en tristezas, cantos y hermosuras;
a la que empenachas con tu fronda umbria;
para la que acendras carmineas dulzuras,—
en las tierras hondas y en los peñascales,
junto a los vallados, junto a las cabañas,
tus fuertes raíces, con ansias filiales,
hundes de la azuaya tierra en las entrañas.
Y aunque a veces te hace brotar en eriales
y encuentras sus senos duros y vacíos,
¡siempre airoso medras, siempre le regalas
bellos atavíos,
preciados tributos:
de tu verde palio la sombra y las galas,
tus cándidas flores y tus rojos frutos!

Tal el fiel cariño, tal la honda ternura
que la Sierra a su hijo desvalido inspira,
aunque a sus afanes sea ingrata y dura,
aunque odios y olvidos maten sus anhelos
y agoten sus campos sequías y hielos:
¡él, por ella, canta, combate y delira;
ama sus baldíos y sus turbios cielos,
y, cual tu raigambre que al suelo se aferra,
su amor y su vida préndense a la tierra

donde vive mísero y olvidado expira,
si pobre de glorias, rico de virtudes,
si mendigo de oro, dueño de la lira!

Al llegar noviembre, mes de la frescura,
florido de rosas y de evocaciones;
cuando los azuayos pechos son laúdes
y todas las voces aladas canciones;
cuando son los campos lagos de verdura:
¡Árbol arrogante, la fronda sacudes
cual airón del valle, del risco y la falda,
y roba los ojos tu viva esmeralda,
mientras dan tus frutos un perfume extraño,
como si viniese de un bosque de antaño!

Heráldico símbolo de la fe nativa
que resiste embates y florece Arriba,
se yergue tu tronco vertical y duro,
blanquecino a trechos, a trechos oscuro,
lleno de profundas, raras cicatrices,
como jeroglíficos de ignota leyenda,
¡quizá la de la inclita Raza primitiva
que hoy gime en las altas soledades grises
y de **Guapdondeleg** fue sultana altiva,
en la paz dichosa, brava en la contienda,
y a la que nutrieron tus frutas lozanas
y tal vez le dieron arcos tus raíces
y tus recios brazos lanzas y **macanas!**

Mas, ¡cuán presto adviertes que tu fortaleza
y tu misión, pródigas en dones gentiles
ostentar no deben galas femeniles,
flores que codicia la fugaz belleza!
Y arrojas altivo las niveas guirnaldas
y luces profusos gajos de esmeraldas
que se ven apenas por recién nacidas,
y en las que la magia que tu tronco encierra
—¡tu tronco nutrido de sal y amargura,

por rudas arterias en el suelo hundidas!—
lentamente acopia toda la dulzura
de los maternales senos de la tierra.

Y cuando en los valles del Azuay resuena
de los villancicos la loca armonía,
en el Mes divino de la Noche Buena,
de tus verdes frutos en la lozania
pone el Sol esmaltes de tímida grana,
y acuden las aves en motín canoro
y a la bulliciosa niñez aldeana
roban las primicias del nuevo tesoro.

Y después, te inspira piedad la indigencia
de los labradores de la serranía
que, en febrero, encuentran la troje vacía,
¡y qué rebosante la de tu opulencia!
¡Cómo tus ramajes tienen agobiados;
cómo los purpuran,
en regios caireles, frutos zazonados!

Mas no en breve tiempo ni juntos maduran,
porque su abundancia los malograria
y porque la augusta clemencia ha querido
que sean tus frutos para el desvalido
pan de cada día,
como el maná lo era del Pueblo elegido.

Hay en los racimos que exornan tus ramas
policromas gamas,
cual la sangre viva, son algunos rojos,
otros tienen suaves tintes de sonrojos;
los más abundantes, negros y lucientes,
parecen racimos de ojos de agarenas,
y los más preciados, glaucos, transparentes,
semejan pupilas de huris y sirenas.
Y son, asimismo, varios en sabores:
agridulces unos, y otros ¡qué dulzura!
ni faltan aquellos que, cual los amores,
ponen en su néctar dejos de amargura...

¡Arbol opulento, tu vendimia diaria
qué apacibles júbilos, qué eglógicas fiestas
suscita en la triste soledad agraria
y en la paz de alcores, valles y florestas!

Vienen los recuerdos de la fiesta hermosa
Que a sus dioses la Hélade feliz consagraba,
cuando de simbólicos pámpanos ceñía

la frente gloriosa,

y, al són de los crótalos, rítmica, danzaba
sobre el terciopelo de la pradería,
mientras los rituales himnos placenteros
entonaba el Coro

a Baco y Cibeles, a Deméter y Eros
cuya omnipotencia jovial prodigaba:
las vides que alegran la humana tristeza,
la nieve nutricia de las mieses de oro,
la miel de los rojos frutos tempraneros
y la tentadora flor de la Belleza.

¡Qué explosión de trinos
revienta en los aires y a gozar invita
de los relucientes gajos nectarinos
que dan a las aves regalada cita,
y, cual si su rubia miel las embriagara,
cantan y revuelan en feliz locura!
El mirlo, hasta entonces, mudo en la llanura
que ignotos insectos sólo le brindara,
cobra voz y brios y rompe en cantares
desde lo más alto de la fronda oscura,
como si al trinante pueblo le invitara
para que desgrane los rojos collares
que ciñen del Arbol la glauca hermosura.

Arbol generoso,
para vendimiarte, ¡con qué íntimo gozo
dejan los labriegos chozas y cortijos!
Y en prados, cañadas, rutas y parcelas
doquier, a los tristes brinda regocijos

el fácil sustento que tú les regalas;
por eso, a tu sombra, las cabañas celas
y los labradores son como tus hijos.

Y luego, en contraste vivo con tus galas,
se ven faldellines de tantos colores
que fingen un iris roto entre verdores,
¡y quedas florido de hermosas zagalas!

Y también los amos dejan la alquería
y van jubilosos,
cual en romería,

al árbol dilecto, tradicionalmente,
—aquei de los frutos grandes y jugosos—,
al que suben rápidos los garridos mozos,
y el regalo aguardan doncellas y ancianos
y de los rapaces la turba impaciente
que hacia la enramada miran fijamente,
risueños los rostros, alzadas las manos,
como si implorasen el maná del cielo.

Y viene la ansiada lluvia de racimos
que, al caer, desgranán, matizando el suelo,
los frutos opimos,
o alguno sacude la inasible rama
hasta que rubies alfombran la grama.

¡Y son, Arbol pródigo, tus mejores frutos,
de ingenuos amores, humildes tributos:
los donceles, dueños del tesoro, escogen
ramos de granates y hojas de esmeralda
y los echan a Ellas que, ágiles, los cogen
en las blancas manos o en la nivea faldal
y Ellas, aunque hermosas, son agradecidas
y ufanas sonrien, viendo a los donceles,
¡y en las bocas rojas, con los frutos rojos,
se juntan corales, perlas y claveles!

Oh! gemas de néctar y púrpura henchidas,
¿sois quizá más dulces que las bocas bellas?

¿sois tal vez más rojas que las bocas puras?
—¡Bien lo saben Ellos, azuayos donceles;
ellos, que os encienden en castos sonrojos;
ellos, cuyo cielo guardan vuestros ojos...
y han gustado de ambas mágicas dulzuras!...

Arbol soberano, del anual enjambre
que halla en tus vendimias mieles y venturas,
¡cuántos corazones ves ilusionados!
¡cuántos corazones miras enlazados
con vínculos fuertes como tu raigambre
y la Fe divina y el deber austero,
dioses tutelares
del amor que enciende fuego duradero
en púdicas almas y santos hogares!

La caterva alegre que fuga del aula,
rompiendo la jaula
de la dulce escuela y el feliz colegio,
cruza los plantíos y salta el vallado,
cual si le diera alas el cruel sortilegio
con que atrae el fruto de ajeno cercado...
Estallan arriba carcajadas locas;
el frondal esquilman manos atrevidas,
y, en los purpurinos néctares teñidas,
semejan las bocas
mortales heridas!

Arbol que bordeas todos los caminos,
curvando la fronda rebosante en granos,
cual si los quisieran poner en las manos
de los peregrinos,
¡ni olvidarle puedes —¡tal es tu clemencia!—
de greyes y chozas al guardián hambriento
que, cabe tu tronco, vaga macilento,
porque, con instinto previsor, bien sabe
que le ha reservado tu munificencia
los más dulces frutos, que desgrana el viento
y los que se esquivan del hombre y del ave!

Y, al fin, la codicia tus frutos agota,
y el follaje inclina, lacio y desvahido,
acaso sintiendo lo cruel del olvido
y el dolor sin culpa de la rama rota
que, en lenta agonía, se va amarilleando...
¡Y, al ver la acre savia que su herida brota,
ni se si bendices o execras llorando,
tu piedad fecunda para el bien ajeno
y la estéril gloria de sentirte bueno!...

Entonces, ya nadie te busca ni te ama,
porque nada puedes ofrendar al hombre,
a no ser alguna moribunda rama
que consume el fuego de hogares sin nombre...
Y llegan los meses del azuayo estío,
ardiente en los días y en las noches frío,
y te cubres de hojas
doradas y rojas
que a los yermos campos vuelan desprendidas...
¡Tal vez porque jugos no te da la tierra,
con ansia famélica, subsistes, nutrido
del oro que esconde nuestra avara sierra
y de tanta sangre que en ella han vertido
fieras ambiciosas y odios fratricidas!...

Y ni tu reciente, gozada opulencia,
ni las esperanzas de tus nuevos dones
infunden clemencia
de tus crueles dueños en los corazones.
¡Qué innúmeras veces responden los ecos
de las rudas hachas a los golpes secos
que rompen tu carne perfumada y dura,
y gritas y ruges, cuando te desplomas
en la tierra ingrata,
junto al que te mata,
el mismo a quien diste protección y hartura!...
¡Y, aun muerto, retienes, cual flor de ternura,
el caliente nido de agrestes palomas!

Mas eres, entonces, síntesis y emblema
de la virtud pródiga: la virtud suprema
que, si nada puede dar por desvalida,
¡ofrenda como última limosna... la vida!

Después, tu ramaje destroza el hachero
y, en tortura rítmica, tu cuerpo dividen
los aserradores
que la lluvia de oro que el dentado acero
saca a tus heridas, en la faz reciben.

Y aun así, vencido, roto y mutilado,
tienes, cual los mártires, póstumas clemencias:
tus ramas avivan del hogar las lumbres,
y del tronco labran: el yugo, el arado,
la Cruz, que es el índice de las eminencias,
el rústico tálamo de tristes amores,
los toscos pilares que alzan las techumbres
que ocultan recónditos goces y dolores...
O bien, curvos hierros taládrante el pecho
y, sobre el abismo que forma el repecho,
te atraviesa el agua tibia y cantarina
que viste los yermos de mieses y flores...
¡Y al que te asesina
aún le das las tablas del último lecho!

Arbol soberano, ¡cómo no cantarte
si de las campiñas en la muelle alfombra
he soñado tantas veces a tu sombra!
¡Y, en las alas de oro del naciente anhelo,
vislumbré los reinos floridos del arte
y de la esperanza remontéme al cielo
en mi ya lejana, fugaz primavera,
la tarde en que, tímido, mi amor fue a buscarte
y tuve a tu sombra la cita primera!...

¡Y no he de quererte,
cuando es una misma nuestra obscura suerte;
porque mis cuitadas trovas serraniegas,

como tú, no salvan el linde florido
de la dulce tierra donde hemos nacido
entre azules montes y escondidas vegas
y en la que tenemos profundas raíces
que arranca la muerte, jamás el olvido!

Porque nos infunden amor y ternura:
tu infausto destino, tu misma tristeza,
tu gloria sin culto, tu ignota hermosura,
tus yermas planicies, tus páramos grises,
tus brumosos cielos, tus hostiles soles,
¡Tierra, que nos sirves de cuna y de huesa,
cual sirven las conchas a los caracoles!

Gloria de mis campos, Arbol bendecido,
no veré a tu sombra mi soñado nido,
y quizá me inspiras el postrero canto...
Perdido entre tumbas, estoy en espera
del aleve dardo que el destino lanza
cuando se ha extinguido la fuente de llanto
y en el horizonte la tiniebla impera
y se está muriendo la última esperanza...

Que vele mi eterno sueño tu hermosura;
que me den tus frondas su grata frescura,
y si tus raíces van al fondo arcano
de la tumba en que halle mi final asilo,
¡sentiré caricias de fraterna mano
y a tu amada sombra dormiré tranquilo!

A NELLA MASIMOWA

En la danza del Nocturno 11 de Chapin.

Con nivea veste y funeraria toca,
a extraño ritmo tu beldad entregas,
y rauda giras y angustiada bregas
como celeste mariposa loca.

¿Qué trágica visión tu mente evoca?
¿A qué implacable dios en vano ruegas,
y los ojos en lágrimas anegas
y el rictus del dolor crisa tu boca?...

Al fin, vencida al musical martirio,
semejas, al caer, tronchado lirio;
mas presto arrojas las luctuosas galas

¡y te yergues, radiante de belleza,
como el alma que surge de la huesa
y en la lumbre de Dios bate las alas!

SOL DE OCASO

Finge el poniente mágica paleta:
sobre franjas de púrpura radiosa,
hay vivos tonos de color de rosa
y suaves tintas de ágata y violeta.

Más rojo, cuanto más baja a su meta,
agranda el Sol su esfera temblorosa,
semejante a una llaga luminosa
que inundara de sangre el agua quieta.

Absorto el cielo y dolorido el mundo,
se enlutan por el astro moribundo,
y, a que torne a brillar la luz que expira,

juntan los holocaustos de su duelo,
y sobre el bosque transformado en pira
se quema vivo el corazón del cielo.

PLENILUNIO

Perlinos lampos el oriente riela
del sol en la medrosa sepultura,
y un celeste prodigio el bosque augura,
que la tristeza vespéral consuela.

Por las marañas del frondal, se cuele,
en trémulos cordajes, lumbre pura,
que argenta guijas en la playa oscura
y los penachos del palmar niquela.

Nevando, a trechos, el caudal dormido,
como un velo sutil, la luz se tiende
que desde un arco alabastrino arranca.

Y en plenitud triunfal la Luna asciende,
cual si surgiera el Sol descolorido
en el milagro de una aurora blanca.

ALTA NOCHE

No falta ni una estrella en las alturas,
oh! prodigiosas noches tropicales,
en que parece que en las ondas puras
se deshojan las flores siderales.

Se eleva de las márgenes oscuras
el clamor de los seres nocturnales,
y hay un incubamiento de hermosuras
en la paz de las cosas terrenales.

En la niebla que emerge de las olas,
trazan rúbricas de oro las luciolas
y arrebújase el río adormilado.

Y, de la noche en el solemne duelo,
la infinita Belleza se ha enjoyado
y bajo el agua ha florecido el cielo.